

Discurso de contestación que, en nombre de la Academia, dirigió el numerario Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

La Real Academia de Córdoba recibe hoy como Académico de número a Don Antonio González Soriano, cordobés ilustre, perito en Ciencias, versado en Letras, discreto en sociedad, virtuoso en el hogar y piadoso en religión.

Hace unos veinte años que pertenece a nuestra Corporación y su constante asistencia, su colaboración asidua, su consejo oportuno y aún su trabajo personal en el arreglo de nuestra Biblioteca, le han hecho más que acreedor a ocupar un sillón de número entre nosotros. Por mi boca, la Academia le expresa la más afectuosa bienvenida.

Acrece nuestro contento al dar la investidura académica a este laborioso paisano, la consideración de que en su persona exaltamos unos apellidos familiares con los que Córdoba y la cultura cordobesa tienen contraída deuda imperecedera de gratitud. Voy a recordarlo para que, remachándolo en público, se estimule con ello el secreto afán cordial del estimado agradecimiento.

Don Antonio González Soriano hereda por ambas ramas, paterna y materna, su amor a las letras patrias, su fervoroso catolicismo y su voluntad infatigable de trabajo.

Por la rama paterna, su abuelo, Don Juan Gualberto González Soriano, que, por curiosa coincidencia, tenía iguales apellidos que sus nietos, aunque de distinto origen genealógico en cuanto al segundo, era natural de Cuenca, donde murió prematuramente, dejando tres hijos, Manuel, Aureliano y Saturio, cada uno de los cuales descolló en su respectivo estudio y profesión.

El primero, de imperecedera memoria en Córdoba, fué el Magistral González Francés, cuyo nombre, así evocado, ostenta una de las calles de nuestra ciudad. Hace más de cuarenta años que murió en Córdoba (nació en Cuenca hace justamente un siglo en este año de 1942), y su recuerdo perdura vivo en la memoria de las gentes. Su ardiente y culta oratoria, sus conocimientos profundos, la galanura de su pluma en el periódico y en el libro, su fecundísima actividad en el sagrado ministerio y en toda clase de obras sociales, piadosas y propagandísticas, le dieron justa fama y le hicieron acreedor a que

en la primera calle de nuestra urbe luzca perpetuamente en mármol, sobre la fachada de las Escuelas-Asilo de la Infancia, de las que puede decirse que fué el verdadero padre y creador, orlando su nombre, la leyenda «Honor y gloria a la caridad y al genio», suscribiéndole el mote: «La ciudad agradecida le tributa este recuerdo». Sería profanar un intento biográfico que tanto se merece aquel ilustre varón, si yo quisiera seguir esbozando los rasgos personales de quien, si no bastaran los mármoles a perpetuarlo, tiene su monumento eterno en las almas infantiles de quienes frecuentan las Escuelas de la calle de Gondomar. Fué académico de número de nuestra Corporación.

Otro tío paterno de nuestro nuevo compañero, Saturio, que murió muy joven, a los veintitrés años, terminadas las carreras de Teología y de Derecho, tuvo tiempo de hacer notables estudios arqueológicos y entre ellos colaboró en la obra del sabio historiador Don Pascual de Gayangos en la búsqueda y primeros intentos de escavaciones en Medina Azahara, hizo la biografía de Alderete, cuyo sepulcro localizó en la Mezquita-Catedral y hubiera sido notable investigador si la muerte no lo hubiera arrebatado en plena juventud.

El padre de nuestro compañero, D. Aureliano González Francés, siguió la carrera de las Leyes y ejerció la profesión de Notario, siendo literato notable y varón virtuoso y caritativo, tanto, que un día, siendo Notario en Chiclana, recibió la inesperada visita del Obispo a la sazón de la diócesis de Cádiz, el sabio y virtuoso Fray Félix María de Arrieta, que deseaba estrechar en sus brazos a quien la fama del pueblo consideraba como un verdadero padre de los pobres; cuando vino a ocupar una Notaría en Córdoba fomentó las tertulias literarias de la ciudad, siendo asiduo concurrente a la del Conde de Torres-Cabrera, cultivando diversos géneros literarios de los que dió buena muestra en su Romance dedicado «A Pura», imitación del siglo XIII, que fué premiado con el título de Socio de Mérito y Cruz de Oro por la Academia de Mont-Real de Toulouse, en su leyenda «Az-Zahara» premiada en el Certamen de la Juventud Católica de Córdoba en 1871; en su poema «La Batalla de Munda» laureado en los Juegos Florales de 1872; en su leyenda histórica «Almanzor» premiado en el Certamen organizado por la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1883; en su otra leyenda poética sobre «La Aparición de la Virgen de la Fuensanta» impresa en 1888, y en otros trabajos literarios relacionados todos con las perfumadas leyendas y tradiciones de nuestra ciudad, que como nimbo de oro ornan la historia del viejo imperio

califal. Don Aureliano murió joven, a los cuarenta y cuatro años, dejando huérfana una larga prole entre la que se contaba nuestro nuevo compañero.

Mucho contribuyó a la formación de éste su tío materno Don Antonio Soriano Barragán.

Procedía este señor de una hidaiga familia descendiente de un noble solar de los Cameros, de la que heredó un carácter enérgico y firme en cuanto se relacionaba con el cumplimiento del deber. Aunque nacido en Alanis, provincia de Sevilla, vivió en Córdoba desde muy niño, cursando en este Instituto los estudios del Bachillerato en Artes y después en el Seminario de San Pelagio los de Filosofía y Teología, recibiendo en él el grado de Bachiller en Derecho canónico y los de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología en el Central de San Cecilio de Granada, ostentando en todos estos títulos la máxima calificación de «némine discrepante». Ordenado de Presbítero en 1866, fué nombrado a los pocos días coadjutor de la parroquia de Santiago y más tarde Ecónomo de la misma, hasta que, en 1879, previa oposición, pasó a ocupar el cargo de Rector y Cura propio de la de San Miguel que desempeñó hasta su muerte. Fué durante muchos años Catedrático del Seminario cordobés, donde explicó diversas asignaturas, especialmente las de Religión y Lugares Teológicos.

A raíz de la Revolución de 1868 y alentado por sus superiores los ilustres Prelados Don Juan Alfonso de Alburquerque, Fr. Zeferino González y Don Sebastián Herrero, escribió y publicó a su costa varias hojas sueltas contra los errores protestantes y masónicos. Fué él quien llevó el peso de aquella polémica que se hizo tan apasionada y popular en Córdoba con el ingeniero inglés Mr. Duncan Shaw, a quien el buen pueblo cordobés llamó «Don Duncan», quien en diversos opúsculos defendía los principios del protestantismo valientemente refutados por Don Antonio Soriano.

Conocidas sus especiales aptitudes de publicista y polemista, fué invitado para escribir en los periódicos católicos de esta capital, colaborando en la revista «La Tradición», fundada en 1869 por el inolvidable Magistral González Francés y el insigne Catedrático de la Universidad Central Don Rafael Conde y Luque, siendo también redactor del periódico religioso-político «El Mediodía», en compañía del ilustre Don Rafael Aguilar y Medina y de Don Aureliano y Don Saturio González Francés, estudiantes a la sazón de la Facultad de Derecho.

Más tarde fundó, en unión del Prelado de Córdoba y del Canónigo

Don Ricardo Miguez, la revista semanal «El Antídoto», redactándola sin otra ayuda casi que la de Aguilar y Medina; fué, asimismo, asiduo colaborador de la revista «El Amigo Católico», fundada por el repetido Magistral y de cuya dirección se hizo cargo, por ausencia de éste, desde Octubre de 1873 hasta el año 1875, en cuya fecha hubo precisión de suspender el periódico por razones políticas. «El Diario de Córdoba» y «El Noticiero Cordobés» cuentan en sus colecciones con numerosos y notables trabajos del señor Soriano, firmados algunos de ellos con el pseudónimo «Un observador». Era el señor Soriano socio correspondiente de esta Academia.

En este ambiente de cultura, trabajo y religiosidad, se formó nuestro compañero. Eligió la carrera de Farmacia en cuya Facultad se licenció en 1910, especializándose en estudios de Química y de Botánica. Por sus trabajos en estas disciplinas fué designado correspondiente de nuestra Academia en Marzo de 1923; Observador de Meteorología en Septiembre del mismo año; Auxiliar del Laboratorio de Minas en 1929; numerario de la Sociedad Española de Historia Natural, con otros nombramientos y cargos a los que se ha hecho más que acreedor.

En el Boletín de nuestra Academia tiene publicados diversos estudios sobre «Fitoquímica»; «Flora de Córdoba»; «Antecedentes químicos del Azul de metileno» y otros análogos en diversas publicaciones. Por encargo del Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, redactó un «Informe sobre el cultivo de plantas medicinales», tan acertado y oportuno, que ha debido redactar otro sobre el mismo tema para el Sindicato Nacional de Industrias Químicas que tanto se preocupa de este importante problema de enorme importancia para los intereses patrios.

Para acabar de bosquejar la personalidad de nuestro nuevo compañero, diré que ha sido también laureado en varios certámenes literarios y que es conferenciante ameno y erudito sobre diversos temas culturales.

La Botánica ha constituido tema predilecto de sus trabajos y ha herborizado la flora cordobesa con la delicadeza, diría casi amorosa, que ponen en esta tarea sus cultivadores. Su herbario, en el que llegó a reunir más de dos mil especies, y del que las incidencias de nuestra guerra de liberación extraviaron una parte considerable en Cerro Muriano, hubiera venido a aumentar, mejorándolos, los que a principios del pasado siglo formaron el Padre Muñoz Capilla, ilustre botánico y escritor, su discípulo el competente aficionado Don Rafael

Entrenas y el catedrático Amor y Mayor, y que constituyen los fondos herborísticos con que cuenta la flora cordobesa.

Por este dominio de la Botánica y de su historia fué para mí un precioso colaborador, cuando, con el concurso de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, acometí la edición de los magníficos grabados que guardaba inéditos la Universidad de Lieja en un manuscrito del siglo XV, de preciosas láminas que acaso contenga una Higiene del célebre Albucasis. Don Antonio González Soriano, botánico y latinista, tradujo, salvando dificultades al parecer irresolubles, el pie de dichos grabados que han venido a darnos cuenta del concepto que los antiguos tuvieron sobre los principales alimentos, condimentos y medicamentos de origen vegetal, y de cuyo manuscrito ya han tomado abundante referencia cuantos se ocupan del estudio de la medicina y farmacología de los musulmanes españoles, habiendo sido uno de los últimos comentaristas el ilustre médico granadino, recientemente fallecido, Don Fidel Fernández, que tanto ha trabajado en la vulgarización de dichos conocimientos históricos.

De aquí que el trabajo erudito y brillante que acabais de oír y que dá ingreso en nuestra Academia a Don Antonio González Soriano, haya recaído sobre este tema tan sugestivo e inagotable: «Botánicos y Farmacéuticos cordobeses del período musulmán».

Todas las colecciones biográficas, a que tan aficionados son los musulmanes, y las numerosas historias de la Medicina, tanto generales como nacionales que existen, han sido buceadas por el nuevo académico para traer esa linda colección de datos históricos y sugerencias sobre ellos que acabais de oír. La paciencia benedictina de un Al-Faradi, con su diccionario biográfico y la sapiencia de un Colmeiro en historia botánica, han sido emuladas en este resumen sobre los botánicos y farmacéuticos del período musulmán de Córdoba, sobre los que tanto queda aún por descubrir en crónicas intraductas y en archivos inexplorados.

Era, como acaba de decirnos Don Antonio González Soriano, en su bello trabajo, en los tiempos medievales, como reflejo aún del clasicismo pagano, la Terapéutica corriente de base principalmente vegetal. Y tampoco, como sucede en nuestros días, el principio curativo de la planta se basaba en su alcaloide o en su glucósido, en su constitución física o en su preparado oficial. En nuestros tiempos, en los que se llega por deducción analítica al más fino secreto de la complejidad molecular o de la estructura atómica, o se descubre con el microscopio la más delicada entraña de la materia viva, estamos en el concepto antípoda del criterio medieval.

La planta, en aquellos siglos, como cualquier otro medicamento de otra naturaleza, no obraba solo por sí, sino en un armonioso compendio sintético del Universo. Por eso había que sembrarla en tal época, bajo tal o cual signo, con la influencia astral de la luna o de cualquier constelación apropiada, soplando viento determinado, etc., y su cuidado y recolección había de seguir iguales fórmulas semimágicas, dependiendo su virtud curativa de que en el momento de la floración hubiera cantado un ave o titilado una estrella. Era el armónico conjunto de las fuerzas cósmicas el que daba eficacia a la planta o a la flor.

Con esta herencia cultural, los musulmanes hartos hicieron rechazando la dedicación pagana de las plantas, con preparar el camino al terreno experimental por el que había de entrar francamente la cultura del Renacimiento, sobre todo a partir del siglo XVII.

Nombres ilustres son los de aquellos hombres de ciencia de nuestra historia califal que figuran en el cuadro de honor de la Universidad y de la Ciencia, y que inauguraron disciplinas científicas. Así Albucasis, padre de la cirugía; Averroes, padre de la Filosofía médica; Azarquiel, el astrónomo; Al-Gafequi, el oculista y tantos otros.

La enorme variedad de la flora española fué campo excelente de estudio para los musulmanes y desde el hecho fundamental de la adquisición del Dioscórides, en tiempos de Abderramán III, de la cual ha dado los datos en su discurso el Sr. González Soriano, entraron estos estudios en terreno científico y no dejaron de enriquecerse con notables aportaciones de médicos, farmacéuticos y naturalistas cordobeses y andaluces en general. Albucasis en el siglo XI, Abenzoar en el XII, y poco después, en el mismo siglo, el famoso malagueño Ben Albeitar y el Nabati o el Botánico, son los principales nombres que escalonan el desarrollo del estudio de la farmacología y terapéutica de los vegetales.

Aún ciñéndose solamente al estudio de los cordobeses, el tema es amplio y lo ha desarrollado de manera magistral el recipiendario. Como aportación a la historia de los estudios médicos y farmacéuticos y como homenaje a las inmortales glorias de nuestra patria chica, el autor merece toda clase de plácemes que la Academia se apresura a concederle.

*Rafael Castejón*